

Los Libros

LOS CUENTOS Y LAS NOVELAS DE CARLOS MONTENEGRO

A propósito de HOMBRES SIN MUJER. (Méjico, Editorial Masas, 1938)

Con la aparición de *Hombres sin mujer*, visión atormentada, clara y penetrante de una prisión cubana, culmina la verídica historia de Carlos Montenegro, cuentista cubano que había publicado antes *El renuevo y otros cuentos* (Habana, 1929) y *Dos barcos* (Ediciones Sábado, La Habana, 1934).

Montenegro nació en 1900, de padres cubanos, en una aldea de Galicia. Captó de España el asunto de algunos de sus relatos más enérgicos, como *La escopeta* y *El cordero*. No hay detalles completos de la vida de este magnífico escritor, pero se sabe que ha sido un gran viajero y que ejerció variados oficios.

Conoce muy bien el ambiente marítimo y las costumbres de los aventureros de los barcos, la profundidad ardorosa del trópico, el misterio de sus puertos y los aspectos más bizarros de la vida de los trotamundos. Fué minero, tuvo inquietudes revolucionarias y exhibe en muchas páginas los testimonios candentes de su desprecio a las injusticias sociales del capitalismo.

Estuvo preso por un homicidio y de ese episodio fatal de

su existencia proviene el conocimiento neto, agudo y cortante de las aventuras y habla de los penados,

Montenegro da en la novela y sobre todo en el cuento de Cuba una nota de nomadismo y cosmopolitismo que, en aspectos menos violentos, posee Hernández Catá. Pero en Montenegro asombra el individualismo de sus tipos, los contrastes de sus cuadros de aguafuertista, la riqueza inagotable de los temas de verdadera novela novelesca de acción y movimiento. Es un repertorio de materias que lo coloca entre los más característicos escritores de este fecundo momento de la novelística americana.

En las creaciones de Montenegro domina lo elemental y lo primitivo. Tipos de instintos y de presa. En el cuento *El renuevo* con que se inicia su obra hay un asunto simple y dramático. La superstición de los campesinos cubanos se demuestra en una escena de una acendrada emoción. Un muchacho que recibió una herida en una pierna siente que ésta se le llena de gusanos. Hay que mocharla y asistimos al episodio desgarrador en que el padre le dice: Mira mi jijo, con el desmoche el palo retoña más fornío. En otros cuentos Montenegro describe su vida de aventurero marino y sus empresas por los mares de América. Estos cuentos no tienen un escenario local. Se desarrollan en diversas latitudes y captan a personajes de varias razas. Pero en todos los destinos captados por el asombroso nervio narrativo del autor vive algo de la tragedia que acecha a los humildes, a los miserables, a los pobres del mundo.

Sin hacer prédica social, Montenegro nos lleva a todos los infiernos del dolor: a la prisión, cuya salacidad desazona las vidas de varios cientos de hombres; a los humildes bohíos donde hierve la tragedia social cubana; a la errante aventura de un prófugo que llega hasta la pampa argentina y provoca la pasión de la hija de un pulpero; a la maestría de sus dos cuentos de la guerra cubana (cuentos de insurrección) *El negro Torcuato* y *Un insurrecto* del volumen *Dos barcos*.

En la obra de Montenegro todo es dinamismo y acción. A

veces sus asuntos se agrupan y tienen cierta unidad como en los tres primeros de su segundo libro de cuentos. *Dos barcos*, *La hermana* y *Cargadores de bananas* tienen similitud y encierran la dolorosa historia del muchacho Pondal, de su hermana que se prostituye y del Mallorquín que persigue al primero con su mala sombra por ser el que perdió a la muchacha.

Para Montenegro el mar tiene más encanto que los puertos. Estos parecen empequeñecer y atrapar al primero. «En La Habana— dice— la ciudad lo había invadido todo y sobre los arrecifes, casi sobre las olas, había construido sus paseos para la gente artificial; había ido más lejos aun: se había metido en los mismos barcos, en el propio corazón de los hombres que navegan. La Habana parecía olvidada de que había nacido de una aventura marítima y no miraba hacia el mar que lucía perdido más allá del recuerdo de los hombres, en las estampas antiguas donde insistentemente se le representaba aunque sólo fuera con las crucetas de un navío. (*Dos barcos*, págs. 30-31).

Y entre los marineros, Montenegro prefiere a los de verdad, a los de buque de vela, de bergantín como lo expresa el protagonista de *El discípulo*, cuando señala el contraste entre Juan, su amigo, que después lo traiciona, y los otros, «que más bien eran hombres de muelle, de cabaret». En el cuento *El hijo del mar*, Montenegro insiste en la nota marítima y en los contrastes entre la tierra y el mar, con aspectos líricos propios de su ascendencia gallega. Destaca un recio tipo, el tío Antonio, que había muerto combatiendo contra la tierra. «El día que se fué—dice—, abriendo mucho los dos pedazos de mar que le servían de ojos, le contó que iba a vengarse, arrancando a la tierra sus tesoros».

Dividiendo los cuentos de Montenegro por materias vemos que dominan en ellos tres temas fundamentales: los de mar: *El discípulo*, *El hijo del mar*, *Dos barcos*, *La hermana*, *Cargadores de bananas*; los Cuentos de presidiarios, que son ocho en *El*

renuevo; y las avasalladoras estampas de *Cuatro Presidarios* en el segundo libro: *Dos barcos*; y los bellísimos relatos de la insurrección: *El negro Torcuato* y *Un insurrecto*. En los cuentos y estampas de presidiarios hallamos los gérmenes de la tremenda novela *Hombres sin mujer*, publicada recientemente en Méjico.

El resto de los relatos de Montenegro pertenecen al mundo de los prófugos, de los trashumantes, de los revolucionarios, como *El caso de Williams Smith*, y en su casi totalidad no tienen por escenario una región determinada.

No por ser un escritor de temas cosmopolitas y de amplios márgenes humanos, Montenegro deja de ser representativo de los temas cubanos. En él insurge la protesta social y arde un odio contenido contra las injusticias y horrores del régimen carcelario que sufrió en carne propia.

Culmina la extraña calidad de la obra de Montenegro con una novela grande: *Hombres sin mujer*. Es una novela que no tiene semejante en la literatura cubana, y se destaca entre las más crudas y ardorosas, por ser el enjuiciamiento que hace del sistema penal vigente en Cuba «un hombre que perdió los mejores años de su juventud en el deformatorio que ahora denuncio». (Prólogo de *Hombres sin mujer*).

En esta requisitoria formidable contra los métodos represivos que para deshonra de la civilización aún imperan en los presidios de su patria, Montenegro ha abandonado todo su eufemismo y escribe con una crispada prosa naturalista. Es la cárcel un infierno que hace diferir al hombre prisionero de los demás, desde el instante mismo en que el presidio lo señala con sus características degradantes.

Sólo conocemos otro libro de tanta hondura humana y de tanta significación crítica. Es el de Víctor Serge, titulado *Los hombres en la cárcel* y que mereció un acusador prólogo de Panait Istrati.

Hierve en esta novela un caótico elemento de regresión hacia la bestia. Es la bestia que reaparece bajo formas absur-

das e inverosímiles. Es la bestia que se hace humilde y mansa, hipócrita y previsora al forjar tipos tan monstruosos como el invertido Manuel Chiquito. Sopla en todo este libro un aire calcinado de ignominia y de protesta, de rebelión sorda y de brutalidad incomprensible para los jueces y letrados.

Montenegro revela aquí los misterios absurdos de la obsesión sexual. Todos los reclusos viven pensando y obrando en torno al demonio de la angustia erótica. La fiebre tropical martiriza a esos espíritus y los deforma. De tal modo desvía la naturaleza varonil de Pascasio Speek, el principal protagonista de *Hombres sin mujer*, y lo entrega a una turbulenta pasión por Andrés.

Ningún escrúpulo ni sentimentalismo detiene la pluma de Montenegro. Su novela tiene el valor de un documento humano realizado por la convivencia de años con penados de las peores costumbres. Y así desfilan Manuel Chiquito, Chichirichi, Candela, La Morita, el gallego Préndez, Brai, el Jíbaro, el Curita, La Duquesa, Floreado, Sacundiambo y diversos tipos que son verdaderos subproductos del hampa y del fracaso.

Hombres sin mujer es uno de los libros más acusadores de la novela americana. Ha penetrado con una objetividad asombrosa en los dichos y costumbres del hampa. Su riqueza lexicográfica es curiosísima y constituye uno de los materiales más variados para quien desee investigar el idioma de esta especie de germanía antillana.

Al comparar este último libro de Montenegro con sus dos volúmenes de cuentos, lo encontramos acrecentado de experiencia y de técnica constructiva. Su novela está amasada con ricos materiales de criollo temple y posee la unidad del motivo que le da el título. Todos los reclusos están exaltados y viven bajo la influencia infernal del sexo. Sus actos, sus sentimientos, sus anhelos, sus esperanzas aparecen como determinadas por el exacerbante aguijón de la carne. Pero, a pesar de que los lectores pacatos se horrorizarán de este infierno penal, Montene-

gro no ha llegado a lo pornográfico. Y una pasión violenta: al de Pascasio Speek, el negro, y de Andrés, el recluso joven, aparece magnificada por elementos de ternura y de superación al oprobioso charco en que se desespera la colectividad carcelaria.

La novela cubana, tan perfilada en Luis Felipe Rodríguez, tan moderna en Serpa, tan enriquecida de temas mulatos en Novás Calvo, se estremece de calidad social en la obra de Montenegro. Es una ampliación magnífica de sus esbozos carcelarios anteriores. Completa una labor en que lo cosmopolita y el calor guajiro se compenetran a través de milagros de evocación, como *El renuevo* o *El negro Torcuato*, cuentos que son dignos de una antología—RICARDO A. LATCHAM.



NICOMEDES GUZMÁN y su libro *Los Hombres Oscuros*

Nada en su aspecto que revele al escritor del suburbio, habitante en un conventillo: ni el tipo indígena, ni la cabellera desgredada, ni las expresiones o maneras de un rebelde profesional; nada, en suma, que induzca a pensar en la dedicatoria de su reciente libro; «A mi padre, heladero ambulante, y a mi madre, obrera doméstica».

Nicomedes Guzmán nos suministra, de preferencia, la impresión de un niño: un estudiante jovial de la clase media, que lleva en su semblante mucho más de europeo que de aborigen. Un niño que abre sus ojos risueños hacia el mundo, y que lleva en su morral la suficiente fe propia, para no temer a endriagos y vestiglos. Sin gestos de rencor ni iluminaciones de fanático.

Y, cosa poco frecuente,—esto que nos revela su persona no se ve desmentido en su libro. «Los hombres oscuros» no es, pues, lo que anuncia el prologista, Jacobo Danke: «La novela de Guzmán golpea de frente, recto, como un púgil sabio y diestro. El cazador de delectaciones meramente estéticas, saldrá defrau-